

Fray Diego Durán Tomista

Rodrigo Martínez

Roberto Flores Ortiz, *El amor de las razones. Saber e integración en la Historia de las Indias de Nueva España de fray Diego Durán*, México, Universidad Autónoma Metropolitana (Cruce de Frontera, Serie Historia, 1), 1991, 318 p.

En su influyente estudio sobre las distintas maneras en que los cronistas de Indias del siglo XVI abordaron la “cuestión del otro”, Tzvetan Todorov enfatiza que en la obra del padre dominico fray Diego Durán se produjo la más grande identificación de un cronista religioso con los indios novohispanos. En Durán se dio la mayor comprensión del “otro” indígena.

En esto Todorov sigue la opinión difundida por el padre Ángel María Garibay K., editor de Durán, según el cual el insigne dominico “casi es mexicano”, pues aunque nació en España se crió en Tezcoco, donde “mudó de dientes”. Escribe Garibay que Durán “es indio en el alma, si no en la sangre, con el contacto largo y hondo con los vencidos de Tezcoco. En esta circunstancia está la gran valía de Durán y sus escritos”.

En *El amor de las razones*, Roberto Flores Ortiz niega esta idea.

Se resiste a pensar que el contacto de Durán con los indios de Tezcoco haya podido ser muy profundo, dadas las “relaciones de dominación” que surgieron de la conquista. Y, a lo largo de su libro, de ardua lectura, Flores muestra la pertenencia de la *Historia* de Durán a un discurso, una lengua y una filosofía hispánicos, occidentales, y particularmente, tomista.

Recientemente, en su *Orbe indiano*, David A. Brading hizo un recorrido amplio que le permitió valorar las influencias agustinianas y tomistas en los autores mexicanos y mexicanistas del siglo XVI. Brading estudió con especial cuidado la obra del también dominico fray Bartolomé de las Casas, pero casi no tocó la obra de fray Diego Durán.

No reside en esto el aporte de Roberto Flores. Consiste, me parece, en identificar la lógica profunda de esta “influencia” tomista, no solamente perceptible en los temas tratados por Durán o en las posiciones que asume ante problemas particulares, sino en el discurso filosófico subyacente, que Roberto Flores identifica mediante un análisis semiótico que sigue las propuestas de Algirdas Julien Greimas.

Así pues, buena parte de la “ideología”, de la “filosofía espontánea” de los sabios y del común de la gente, está en la lengua tal como la hablan los seres humanos —vale decir, en el nivel más profundo de las mentalidades.

Roberto Flores muestra que esta base profunda de la narración de Durán está presente en los implícitos del lenguaje que se hablaba en la época, como se ve en las recurrentes referencias al *Diccionario de autoridades* y a otros diccionarios de la época.

O sea, que también el *Diccionario de autoridades* del siglo XVIII, merece ser analizado como Roberto Flores estudia a Durán, a la luz de la concepción tomista, que permea el lenguaje de la época y que debió influir en los autores del *Diccionario*.

Una parte de razón asiste a Roberto Flores cuando critica a los historiadores que limitan la cuestión de la obra de Durán a su dimensión documental, a los manuscritos previos que aprovechó (la *Crónica X* detectada por Barlow), a las pinturas que analizó y a los testimonios de indios viejos que recogió. Roberto Flores enfatiza que la de Durán debe verse rigurosamente

como una *obra*, y ser analizada como tal.

La doble dimensión, filosófica y semiótica, del proceder de Roberto Flores, le permite identificar una serie de “filosofemas” tomistas, y muestra cómo están en la base del discurso de Durán y de su aproximación a la historia mexicana antigua. El punto de partida del análisis de Flores es la noción intelectualista de Santo Tomás sobre la “admiración”, de la que trata la segunda parte del libro. Las partes tercera y cuarta del libro aplican un análisis semiótico-filosófico a las narraciones de Durán sobre “las migraciones” (de xochimilcas, chalcas, tepanecas, culhuas, tlahuicas y tlaxcaltecas, y tiempo después, de los mexicas o aztecas) y sobre “las guerras” de los mexicas (considerando las supuestamente floridas guerras entre México y Tlaxcala).

Con gran detalle, Roberto Flores hace una disección de las “razones” tomistas de fray Diego Durán. Me parece que el título de *El amor de las razones* expresa tanto el amor de fray Diego Durán como el del mismo Roberto Flores por las razones.

Pero aceptando que en la obra de

Durán hay un discurso occidental y tomista subyacente, lo cual parece claro desde un principio, vale preguntarse si esto nos impide conocer a través de su *Historia de las Indias de Nueva España* algo de lo que “realmente aconteció” en el México antiguo. Vale preguntar si el análisis de Roberto Flores le quita valor como documento histórico a la obra de Durán; si el análisis crítico nos deja desencantados, más ignorantes, sabiendo menos, puesto que buena parte de lo que creíamos saber leyendo a Durán ya no lo sabemos, por tratarse de un discurso occidental.

No lo creo. El ejercicio crítico al que nos invita Roberto Flores no nos deja peor que antes, más ignorantes. Tras la lectura de su libro, puede uno regresar a Durán y la lectura se hace un poco más fácil y lógica, las cosas se acomodan mejor y se entiende mejor lo que Durán narra. Conociendo algunos de sus presupuestos y hábitos de pensamiento podemos discriminar mejor en cada oración de Durán, y de los demás cronistas de la época, qué es occidental y qué es específicamente indígena.

En este sentido puede decirse

que el libro de Flores Ortiz sirve para limpiarnos los lentes, para leer y aprovechar mejor a nuestros cronistas.

Sin embargo, identificada la parte hispánica y occidental de las crónicas, no aparece con ello la verdad pura de la historia antigua de México. La verdad se escabulle nuevamente y nos encontramos con otra lógica narrativa, otra manera de entender los acontecimientos del pasado, que es la de las crónicas indígenas, escritas menos en función de los hechos mismos que de la legitimación y comprensión de una situación presente, de acuerdo con una concepción cíclica del tiempo, como lo muestra el reciente análisis de Susan D. Gillespie sobre los relatos acerca de *Los reyes aztecas*.

Más allá del análisis semiótico-filosófico de una obra del pasado, el libro de Roberto Flores también nos ayuda a conocernos mejor a nosotros mismos, a estar más alertas reconociendo nuestros propios presupuestos y hábitos de pensamiento, nuestras más íntimas pasiones. Todo esto, y más, se lo debemos al amor de las razones de Roberto Flores Ortiz.

Estas ruinas que ves

Antonio Saborit

Sonia Lombardo de Ruiz, *El pasado prehispánico en la cultura nacional (memoria hemerográfica, 1877-1911)*, 2 vols.; volumen I: *El Monitor Republicano (1877-1896)*, volumen II: *El Imparcial (1896-1911)*, México, INAH, 1994, 310 pp. y 727 pp.

Las antigüedades transformaron el subsuelo de la ciudad de México en personaje de gran relevancia en la vida urbana al final del siglo XIX; más aún, las antigüedades mexicanas opusieron su riqueza ignorada y su novedad incalculable al entusiasmo modernizador porfiriano, agregaron piezas a la imagi-

nación histórica y encandilaron a los literatos en la prensa periódica. El *abajo* histórico se filtró accidentalmente hacia el *arriba* y el presente, hacia la diaria superficie de la ciudad del Porfirio Díaz admirado por Lev Tolstoy, y en las manos de muchos —interesadas diversamente por oficio y formación y nece-